

NOSTALGIA DE PEDRO MANUEL BENVENUTTO
MURRIETA
(1913 - 1978)

Por José Jiménez Borja

(Artículo publicado por el Secretario de la Academia Peruana de la Lengua, don José Jiménez Borja, al cumplirse el primer mes de la inesperada desaparición del Académico don Pedro M. Benvenuto Murrieta, acaecida el 1º de julio de 1978).

Nos dejó hace un mes el gran espíritu, el gran señor Pedro Manuel Benvenuto Murrieta. Tres atributos que confluían a cifrar su personalidad. En su espíritu, como él lo dijo de don Felipe Pardo y Aliaga, su lejano maestro, en acucioso ensayo de 1968, brillaban la tradición, la cultura y la fe. La tradición entendida como la búsqueda constante de la identidad de un pueblo, acometida por imperialismos no siempre detectados, sin ser hostil a los cambios racionales; la cultura como un equilibrio entre sabiduría y expresión, entre sensibilidad y belleza, lejos de la oscura anarquía; y la fe como el camino sobrenatural de la salvación, con el complemento de las obras, incluida la justicia social, pero no al revés, partiendo de ésta para llegar a Dios como epifenómeno, tal como lo propone cierta

teología de la liberación. Creía con los salmos que “el vengador de la sangre/ se ha acordado de los pobres”; pero también que “cuando abre su mano se beneficia todo ser viviente”, sin nuevos alienados, los que algo poseen. Alma profunda, amaba los símbolos como poderosas concentraciones de ideas, y por eso lo entristecía la declinación, casi final, de la liturgia.

Nacido el 13 de mayo de 1913, en Lima, recibió de su hogar y especialmente de su madre, mujer inteligente y fina, doña Hercilia Murrieta y Elizondo, armoniosa formación y amor al pasado evanescente. Ella le dio la primera noticia de una ciudad crepuscular que se perdía y de otra antecedente, ya sepultada en el tiempo. Surgió así su curiosidad por unir en un diorama el cuadro de ambas para lo cual puso en actividad su oído y su ojo recolectores, buscando información en los archivos y relatos de los ancianos así como en los testimonios todavía en pie de monumentos, vestigios y rincones. Alcanzó todavía a moverse en una urbe pequeña, coherente, depositaria, en que no había magnificencias ni miserias, y en que las diferentes clases se aproximaban con las mismas devociones, lenguaje y fantasía. En este ambiente, prolongado en la atmósfera francesa del Colegio de los Sagrados Corazones, yendo y viniendo entre gentes decidoras y casas llenas de murmullos y añoranzas, se desarrolló su vocación memorialista. El memorialista describe lo que ve como persistencia del pasado y reconstruye lo que ya no existe, infundiéndole animación, color y poesía, completando la perspectiva que rodeó a los seres desaparecidos, de quienes se ocupa la historia sin preocuparse generalmente de este entorno. Don Ramón de Mesonero Romanos, autoridad suma del género ante las modernas “suntuosidades” que se superpusieron al viejo Madrid de principios del diecinueve, cree indispensable el mensaje al futuro de lo que llama “mágicos recuerdos”, para que se pueda comprender la at-

mósfera en que discurrieron tanto personajes ilustres como anónimas turbas. Esto es lo que hizo Benvenuto Murrieta con Lima de fines del siglo pasado y primeras décadas del presente, a los diecinueve años, en la sorprendente prematuridad de su ingenio. El vio el Hospicio Manrique de la Placita de la Recoleta y habló con sus añejas moradoras, pero no vio a don Francisco García Calderón ni su elección como Presidente de la República el 22 de febrero de 1881 en su casa, contigua a dicha placita, y, sin embargo, está expresa la acuarela contemporánea salpicante de bullicio, miniaturas y matices. *Quince Plazuelas, una alameda y un callejón*, publicado en 1932, con prólogo de Jorge Guillermo Leguía, es el precioso continente de todo aquello y un libro ya clásico en nuestra literatura. Leguía lo saluda como continuador de nuestros tradicionistas e indica la admiración intelectual que desde 1929 tenía por el adolescente de dieciséis años, alumno de Quinto Año de Media, que colaboraba en el "Boletín Bolivariano" de su dirección, y a quien él, sin conocerlo personalmente, suponía un erudito de madura edad. A esta erudición de documentos y consejas, de ciencia y populismo, unió desde el principio el dominio de una redacción señera, precisa y generosa, con tendencia a la oración amplia pero sin solemnidad ciceroniana, matizada con travesura confidente, de sabor criollista: solidez y levedad al mismo tiempo por el broche secreto del arte. Un lirismo puro encierra el opúsculo *Aguiñaldo Limeño* (1956) que recoge cinco relatos para niños, como si fuesen grabaciones del habla encantadora e ingenua de nuestro pueblo, revelando su riqueza imaginativa y su tesoro mítico.

Por lo que escuchaba del coloquio vernáculo, pasó Benvenuto a la lingüística severamente técnica en la que ha dejado un volumen de inexcusable consulta, *El Lenguaje Peruano* (1936), como sucedió en Alemania el siglo pasado con otro gran recogedor de la leyenda infantil, Jacobo Luis

Grimm. Ese libro es un tratado amplio, con los fundamentos científicos de que disponía entonces, que ha merecido el aprecio crítico de autoridades españolas y americanas y que es el primer planteamiento de un ensayo descriptivo de nuestro castellano. Allí reanuda, después de más de medio siglo, los trabajos sobre el mismo campo que iniciara *Juan de Arona*. Esta especialidad lo elevó muy pronto a la docencia universitaria, primero en su *Alma Mater*, la Universidad Católica del Perú y luego en la Universidad de San Marcos para culminarla en el Rectorado de la Universidad del Pacífico, donde acababa de cumplir, poco antes de su muerte, brillante acción renovadora. Tenía planes más vastos para sus estudios de lenguaje, pero contrariamente a lo que puede suponerse y como ya se ha observado, la carrera universitaria en nuestro medio con sus limitaciones para la investigación, con el peso de su rutina pedagógica y con su turbulencia intermitente, no favorece, ni favoreció en este caso, las vetas de una rica capacidad creadora.

Siendo su entierro humilde por propia disposición, de acuerdo al ascetismo con que pasó y concluyó su existencia, una multitud silenciosa de grandes señores, de ancianas que recibieron el beso de su caridad y de modestas personas, de toda condición étnica y social, lo despidió con profunda emoción en el Cementerio del Angel. Parecía que la entera ciudad que él redescubrió como plata martillada, vieja y gentil, le daba el último saludo. La misma ciudad que don Ramón del Valle-Inclán, por todo calificativo, llamó "Lima la lueña".